

cia, avivado por los vientos de la ambición, alentaba la hoguera que había de encenderse entre alemanes e ingleses, y que daría por resultado que, al llamar éstos en su auxilio a los yanquis, adueñaríanse los auxiliadores de cuanto creían suyo los auxiliados y de cuanto pretendían apoderarse éstos. Este fruto se recoje en Europa como natural consecuencia de los principios que ésta misma sentara para deducir la verdadera superioridad. Así, pues, no considerándose otro patrón que la prosperidad para imponer la supremacía a las naciones, el pueblo más próspero, que es hoy, a no dudarlo, el yanqui, se impone a todos los demás de la tierra, declarándose, porque puede, dueño y señor de los destinos del mundo.

El carbón y los metales, la industria y el comercio, la riqueza y la química, el naturalismo, en una palabra, se ha impuesto. WILSON ES EL AMO DEL MUNDO. ¿Habrà ya quien lo dude? Ciertamente que todos estamos conformes en esta afirmación; pero no todos la juzgamos del mismo modo. Para las naciones materializadas este triunfo supone un progreso hácia el ideal de la civilización, predicada hace ya cuatro siglos, y que es un paso casi decisivo para llegar a la meta; mas para nosotros es, no la última, pero sí la mayor *ficción* que hasta hoy ha realizado la civilización protestante en medio de la humanidad, y así arrastrar a ésta al último vértigo de la locura, que lo representará, o mejor dicho, que ya lo empieza a realizar el socialismo ateo en el gran escenario del mundo. Para las naciones *modernizadas* suenan voces de halagüeño humanitarismo que les satisface, como si fuera el bien o la felicidad a que los pueblos aspiran; más es, a nuestro entender, la última capa de ceniza que se echa sobre las encendidas ascuas de los odios engendrados por una civilización de falsas interpretaciones cristianas, nacidas necesariamente del *libre examen*.

La liga de las naciones surgiendo del seno del protestantismo se nos representa gráficamente, y permítasenos la comparación, en un amo fuerte que hace reata de las demás naciones y las conduce a la región de las encinas para alimentarlas con bellotas, de grado o por fuerza; de esta, para